

y raptos que tan á menudo tenía, los cuales puede ser no la fuesen dados sino en recompensa de esta humildad y desprecio. Su meditación, pues, era tal: Imaginábase que aderezando la comida para su padre la aderezaba para nuestro Señor, como otra santa Marta; que su madre tenía el lugar de nuestra Señora y sus dos hermanos el lugar de los apóstoles, ejercitándose de esta suerte en servir en espíritu á toda la corte celeste, empleándose en estos servicios humildes con una grande suavidad y mansedumbre, por cuanto sabía la voluntad de Dios (1). Hete dicho estos ejemplos, Filotea, para que sepas cuánto importa enderezar bien todas nuestras acciones, por viles que sean, al servicio de su divina Majestad.

Por esto te aconsejo cuanto puedo imites esta mujer fuerte, á quien el gran Salomón tanto alaba; la cual, como él mismo dice, ponía la mano en cosas fuertes, generosas y relevadas; y no obstante, no dejaba de hilar: *Puso la mano en cosa fuerte y sus dedos tomaron el huso* (2). Pon la mano en cosa fuerte, ejercitándote en la oración y meditación, en el uso de los sacramentos, en dar amor de Dios á las almas, en derramar buenas inspiraciones en los corazones, y en fin, en hacer obras grandes y de importancia, según tu vocación; mas no olvides tampoco tu huso y tu rueca; esto es, que practiques aquellas pequeñas y humildes virtudes, las cuales, como flores, crecen al pie de la cruz: el servicio de los pobres, la visitación de los enfermos, el cuidado de la familia, con las obras que de el dependen, y la diligencia útil, la cual nunca te

(1) B. Raym. de Cap. Vita S. Cath. Sen., pars. I^a, c. II.

(2) Proverbios, xxxi, 19.

dejará ociosa; y á vueltas de todas estas cosas, aplicarás palabras y consideraciones semejantes á las que te he dicho de santa Catalina.

Las grandes ocasiones de servir á Dios se presentan raramente; mas las pequeñas son ordinarias. *Quien fuere, pues, fiel en lo poco* (dice el Salvador mismo) *le estableceré en lo mucho* (1). Haz, pues, todas tus cosas á honor de Dios (2), y todas las cosas serán bien hechas, sea que comas, sea que bebas (3), sea que duermas, sea que te recrees, sea que des vueltas al asador, con tal que sepas aprovechar tus negocios. Adelantarte has mucho delante de Dios, haciendo todas estas cosas, porque Dios asimismo gusta de que las hagas.

CAPÍTULO XXXVI

QUE SE HA DE TENER EL ESPÍRITU JUSTO Y RACIONAL.

Somos hombres sólo por la razón, y por esto es cosa rara el hallar hombres verdaderamente racionales, por cuanto el amor propio nos aparta de ordinario de la razón, trayéndonos insensiblemente á mil suertes de pequeñas pero peligrosas injusticias é inquietudes, las cuales, como las pequeñas raposillas (de quien se habla en el Cántico de los Cánticos) (4) pierden las viñas,

(1) S. Mateo, xxv, 21.

(2) S. Pablo á los Colosenses, III, 17.

(3) *Ibid.* á los Corintios, I, x, 31.

(4) Cap. II, 15.

porque como son pequeñas, no se repara en ellas, y como son en cantidad, no dejan de hacer mucho daño. Dime: las que te diré ahora ¿no son iniquidades y sinrazones?

Acusamos por poco al prójimo, y excusámonos á nosotros en mucho; queremos vender muy caro, y comprar muy barato; queremos que se haga justicia en la casa ajena, y que en la nuestra haya misericordia; queremos que tomen á buena parte nuestras palabras, y somos cosquillosos y delicados con las que nos dicen: queríamos que el prójimo nos dejase su hacienda pagándosela, siendo más justo que la guarde él, dejándonos nuestro dinero; enojámonos con él porque no nos quiere acomodar, como si no fuera más razón enojarse él porque le queremos desacomodar.

Si nos aficionamos á un ejercicio, menospreciamos todos los demás y contradecimos todo lo que no es á nuestro gusto. Si hay alguno de nuestros inferiores que no tenga buena gracia, ó á quien alguna vez hayamos reprendido, cualquier otra cosa que haga nos parece mal, sin que dejemos nunca de molestarle y gruñirle por las causas más leves. Al contrario, si alguno nos es agradable por alguna gracia sensual, no cae en cosa mala que no la excusemos. Hijos hay también virtuosos, á quien los padres y madres no pueden casi ver por alguna imperfección corporal. Otros hay viciosos que son los favorecidos por alguna gracia corporal. En todo y por todo preferimos los ricos á los pobres, aunque no sean ni de mejor sangre ni de más virtud. Asimismo preferimos los mejor vestidos: queremos nuestros derechos exactamente y por entero, y que los otros usen de cortesía en la cobranza de los suyos;

guardamos nuestros puestos puntuosamente, y queremos que los otros sean humildes y condescendientes; quejámonos fácilmente del prójimo, y no queremos que nadie se queje de nosotros. Lo que hacemos por otro, nos parece siempre mucho; y lo que él hace por nosotros, nos parece siempre nada. Somos, en fin, como las perdices de Paflagonia, que tienen dos corazones (1), porque tenemos un corazón dulce, gracioso y cortés para con nosotros, y un corazón duro, severo y riguroso para con el prójimo. Tenemos dos pesas, la una para pesar nuestras comodidades con la mayor ventaja que nos sea posible, y la otra para pesar las del prójimo con la menos que podemos. Y como dice la Escritura: *Los labios engañosos hablan en un corazón* (2); y decir un corazón, quiere decir que tienen dos; y el tener dos pesas, la una pesada para recibir y la otra ligera para dar, es cosa abominable delante de Dios (3).

Sé, pues, Filotea, igual y justa en tus acciones: ponte siempre en el lugar de tu prójimo, y á él ponle en el tuyo, y así juzgarás bien. Haz cuenta que vendes cuando compras y que compras cuando vendes, y así comprarás y venderás justamente. Todas estas injusticias son pequeñas, por cuanto no obligan á restitución, si sólo nos quedamos en los términos del rigor para lo que nos es favorable; mas no por eso nos dejan de obligar á la enmienda, por ser en efecto grandes faltas de razón y caridad. Y asimismo no se pierde nada en vivir generosa, noble y cortésmente, y con un corazón

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. XI, c. xxxvii (al lxx).

(2) Salmos, xi, 2.

(3) Deut., xxv, 13; Prov., xx, 10, 23.

real, igual y racional. Acuérdate, Filotea mía, de examinar á menudo tu corazón si es tal para con el prójimo como querrías que el suyo fuese para contigo, si estuvieras en su lugar, porque este es el punto de la verdadera razón. Trajano, siendo censurado de sus confidentes porque (á su parecer) familiarizaba demasiado la majestad imperial con los particulares, respondió: Así es verdad (1); mas debo yo ser tal emperador para con los particulares, cual desearía yo encontrar un emperador, si yo mismo fuera un particular.

CAPÍTULO XXXVII

DE LOS DESEOS (2).

No hay quien no sepa que nos debemos guardar del deseo de las cosas viciosas, porque el deseo del mal nos hace malos. Y aun te digo más, Filotea: que no desees las cosas que son peligrosas al alma, como son los bailes, los juegos y semejantes pasatiempos, ni las honras, ni cargos, ni las visiones y éxtasis; porque hay gran peligro de vanidad y daño en tales cosas. No desees las cosas muy apartadas, como son las que no pueden suceder en mucho tiempo. Esto hacen muchos, y por este medio cansan y disipan sus corazones inútilmente, y se ponen en peligro de grande inquietud. Si

(1) Eutropius, Hist. Rom., lib. VIII, c. v.

(2) Precedía este capítulo al XXXVI en la edición príncipe; uno y otro fueron olvidados por el santo en la 2ª edición, é incorporados nuevamente en la 3ª edición.

un mozo desea con mucha ansia el ser proveído en algún oficio antes de tiempo, ¿de qué le sirve este deseo? Si una mujer casada desea ser religiosa, ¿á qué propósito? Si yo deseo comprar la hacienda de mi vecino antes que él se determine á venderla, claro es que pierdo el tiempo en tal deseo. Si estando malo deseo predicar ó celebrar la santa misa, visitar los otros enfermos y hacer los ejercicios de los que están con salud, estos deseos no son vanos, pues en tal tiempo no está en mi mano el efectuarlos. Entretanto, también estos deseos inútiles ocupan el lugar de otros que debería tener, como el ser bien sufrido, bien acondicionado, bien mortificado, bien obediente y bien manso en mis trabajos, que es lo que Dios quiere que yo practique por entonces; pero nosotros engendramos de ordinario deseos de mujeres preñadas, que quieren cerezas y fresas en el otoño y uvas frescas en la primavera.

De ninguna manera apruebo que una persona asida á alguna deuda ó vocación, se embarace en desear otra suerte de vida fuera de la que le es conveniente á su deber, ni ejercicios incompatibles á su condición presente; porque esto disipa el corazón y le aparta de los ejercicios necesarios. Si yo deseo la soledad de los cartujos, perderé el tiempo, y este deseo ocupará el lugar del que debería tener de emplearme bien en mi oficio presente. Asimismo no querría que se desease tener mejor ingenio ni mejor juicio; porque estos deseos son frívolos y vanos, y ocupan el lugar del que cada uno debía tener de cultivar el suyo, tal cual fuere; ni que se deseasen para servir á Dios los medios que no se tienen, sino que se empleen fielmente los que se poseen. Entiéndese esto, pues, cuanto á los deseos que

embebecen y ocupan el corazón; porque cuanto á los simples deseos, no hacen ningún daño, con tal que no sean frecuentes.

No desees las cruces, sino á medida de como hubieres llevado las que tuvieres presentes; porque es manifiesto engaño el desear el martirio y no tener ánimo para sufrir una injuria. El enemigo nos procura muchas veces traer grandes deseos: da objetos ausentes y que no se presentarán jamás, para divertir nuestro espíritu de los objetos presentes, en los cuales, por pequeños que sean, nos podíamos aprovechar mucho. Queremos combatir los monstruos de Africa por imaginación, y nos dejamos matar en efecto de las menores serpientes que están en nuestro camino por falta de atención.

No desees las tentaciones, porque sería temeridad; sino emplea tu corazón para esperarlas animosamente y defenderte cuando se te ofrecieren.

La variedad de viandas, principalmente si la cantidad es grande, carga siempre el estómago; y si éste es flaco, le arruina. No hinchas tu alma de muchos deseos mundanos, porque éstos te la dañarán de todo punto; ni tampoco espirituales, porque te embarazarán.

Cuando nuestra alma está purgada sintiéndose descargada de los malos humores, tiene un gran apetito de las cosas espirituales; y como hambrienta, no hace sino desear mil suertes de ejercicios de piedad, de mortificación, de penitencia, de humildad, de caridad y de oración. Es buena señal, Filotea mía, el tener tan vivo el apetito; pero mirarás si podrás bien digerir todo lo que pretendes comer.

Escoge, pues, con el aviso de tu padre espiritual entre tantos deseos los que pudieres practicar y ejecutar al presente; y en los tales procura aprovecharte bien. Hecho esto, Dios te enviará otros, los cuales también practicarás á su tiempo; y de esta suerte no perderás ninguno con deseos inútiles. No digo yo que se haya de perder ninguna suerte de buenos deseos, sino que se deben ejecutar por orden; y los que no puedan efectuarse al presente, que se encierren en algún rincón del corazón hasta que se les llegue el tiempo, y entretanto efectuar los que estuvieren maduros y en su sazón; lo cual no digo sólo por los deseos espirituales, sino también por los mundanos, sin lo cual no podríamos vivir sino con inquietud y embarazo.

CAPÍTULO XXXVIII

AVISOS PARA LOS CASADOS.

El matrimonio es gran sacramento: digo en Jesucristo y en su Iglesia (1): es honroso á todos (2), en todos y en todo; esto es, en todas partes. Á todos, porque las vírgenes mismas le deben honrar con humildad. En todos, porque es igualmente santo, así entre los pobres como entre los ricos. En todo, porque su origen, su fin, sus utilidades, su forma y su materia son santas. Es el seminario del cristianismo, que

(1) S. Pablo á los Efesios, v, 32.

(2) *Ibid.*, á los Hebreos, xiii, 4.

hinche la tierra de fieles para cumplir en el cielo el número de los escogidos. Así que la conservación del bien del matrimonio es en extremo importante á la república, porque es la raíz y manantial de todas sus corrientes.

Pluguiese á Dios que su amado Hijo fuese llamado en todas las bodas, como lo fué en las de Caná, pues no faltaría jamás el vino de las consolaciones y bendiciones; el faltar éste en ellas de ordinario, pues no hay sino un pequeño bien á los principios, es porque en lugar de nuestro Señor hacen venir á Adonis, y Venus en lugar de nuestra Señora. Quien quiere tener cordillos hermosos y manchados, como Jacob, menester ha, como él, cuando las ovejas se juntan á aparearse, ponerlas á los ojos las varillas hermosas y de diversos colores (1); y quien quiere tener un dichoso suceso en el matrimonio, deberá en sus bodas ponerse á los ojos de la consideración la santidad y dignidad de este santo sacramento; pero en lugar de esto suceden mil desconciertos en pasatiempos, en festines y en palabras; y así no es de maravillar si los efectos son desreglados.

Sobre todo exhorto á los casados el amor recíproco que el Espíritu Santo les encomienda tanto en la Escritura. Y no por eso se entiende que sea bastante el amarse el uno al otro con un amor natural, porque las tórtolas aun hacen esto; ni el amarse con un amor humano, porque los paganos han usado lo mismo; sino que hagais como dice el gran Apóstol: *Maridos, amad vuestras mujeres como Jesucristo ama á su Iglesia* (2).

(1) Gén., xxx, 38, 39.

(2) A los Efesios, v, 25.

Mujeres, amad vuestros maridos como la Iglesia santa ama á su Salvador. Dios nuestro Señor fué quien llevó á Eva á nuestro primer padre Adán, dándosela por mujer. Dios también es, amigos míos, quien con su mano invisible ha hecho el nudo de la sagrada atadura de vuestro matrimonio, y el que os ha dado los unos á los otros. ¿Por qué, pues, no os acariciáis con un amor enteramente santo, enteramente sagrado y enteramente divino?

El primer efecto de este amor es la unión indivisible de vuestros corazones. Si se pegan dos pedazos de pino juntos, como sea el betún fino, la unión será tan fuerte que faltarán antes los pedazos por las otras partes que por la de la conjunción ó ligadura. Dios, pues, junta el marido á la mujer en su propia sangre, y por esto esta unión es tan fuerte, que antes se debe separar el alma del cuerpo del uno y del otro, que el marido de la mujer; y no se entiende esta unión principalmente del cuerpo, sino del corazón, de la afición y del amor.

El segundo efecto de este amor debe ser la fidelidad inviolable del uno para con el otro. Antiguamente los anillos que traían en los dedos estaban sellados, como también la Escritura santa nos los muestra (1). Este, pues, es el secreto de la ceremonia que se hace en las bodas: la Iglesia, por las manos del sacerdote, bendice una sortija, y dándola primero al hombre, da á entender cómo sella su corazón por este sacramento, para que jamás después, ni el hombre ni el amor de otra ninguna mujer pueda entrar en él mientras viviere, sino la que le ha sido dada por propia. Después el

(1) Esther, viii, 8; Dan., vi, 17; xiv, 10.

esposo vuelve á poner el anillo en la mano de la esposa, para que recíprocamente sepa que jamás su corazón debe aficionarse de otro ningún hombre mientras viere el que nuestro Señor acaba de darle.

El tercer fruto del matrimonio es la producción y legítima crianza de los hijos. Con razón debeis estimar, ¡oh casados! el ver que Dios, queriendo multiplicar las almas, para que eternamente puedan bendecirle, os ha hecho cooperantes de una tan digna obra por la producción de los cuerpos, dentro de los cuales derrama como un rocío celestial las almas, criándolas como las cría, y las infunde en los cuerpos.

Conservad, pues, ¡oh maridos! un tierno, constante y cordial amor para con vuestras mujeres. Por esto la mujer fué sacada de la costilla más cercana al corazón del primer hombre, para que fuese amada de él cordial y tiernamente. Las flaquezas y enfermedades, sean del cuerpo ó del espíritu de vuestras mujeres, no os deben provocar á ninguna suerte de desdén, sino antes á una dulce y amorosa compasión; pues Dios las ha criado tales, para que dependiendo de vosotros, recibais más honra y respeto. Tenedlas, pues, por compañeras; pero de tal suerte que no dejéis por eso de ser los maridos superiores. Y vosotras, ¡oh mujeres! amad tierna y cordialmente, y con un amor lleno de respeto y reverencia, los maridos que Dios os ha dado; porque verdaderamente Dios por esto los ha criado de un sexo más vigoroso y predominante, y quiso que la mujer fuese una dependencia del hombre, un hueso de sus huesos, y una carne de su carne (1).

(1) Gén., II, 23.

y que fuese producida de una costilla suya, sacada de debajo del brazo, para mostrar que debe estar debajo de la mano y guía del marido. Toda la Escritura santa os encomienda estrechamente esta sujeción, la cual no obstante, la misma Escritura os hace dulce, queriendo, no sólo que la lleveis con amor, pero ordenando á los maridos que la ejerciten con grande dilección, ternera y suavidad. *Maridos* (dice san Pedro), *llevaos discretamente con vuestras mujeres, como con un vaso más frágil, respetándolas con amor* (1).

Pero mientras os exhorto en el agradecer de más en más este recíproco amor que os debeis, mirad que no se convierta en alguna suerte de celos; porque sucede muchas veces, que así como el gusano se engendra de la manzana más delicada y madura, así los celos nacen del amor más ardiente y vivo de los casados; los cuales, no obstante, dañan y corrompen la sustancia, y poco á poco engendran las riñas, disensiones y divorcios. Es cierto que los celos nunca se arriman á la amistad que recíprocamente está fundada sobre la verdadera virtud; por esto, pues, son una indubitable señal de un amor en alguna manera sensual y grosero: y así se llegan siempre á lugares donde encuentran una virtud manca, inconstante y sujeta á desconfianza. Es, pues, una loca jactancia de amistad el quererla exaltar por los celos, porque los celos son una cierta señal de la grandeza y groseza de la amistad; mas no de su bondad, pureza y perfección, porque la perfección de la amistad presupone la seguridad de la virtud de la cosa amada, y los celos presuponen la incertidumbre.

(1) Ep., I, III, 7.

Si quereis, ¡ oh maridos ! que vuestras mujeres sean fieles, enseñadlas esta lección con vuestro ejemplo: *¿Con qué cara* (dice san Gregorio Nacianceno) (1) *quereis pedir la honestidad á vuestras mujeres, si vosotros mismos vivís en deshonestidades? ¿Cómo las pedís vosotros lo que no las dais á ellas? ¿Quereis que sean castas? Pues llevaos castamente con ellas.* Y san Pablo dice (2): *Cada uno sepa poseer su vaso en santificación; que si al contrario, vosotros mismos las enseñáis las glotonerías, no es de maravillar que recibais deshonor en su pérdida. Pero vosotras, ¡ oh mujeres ! cuya honra está inseparablemente junta con la vergüenza y honestidad, conservad celosamente vuestra gloria, y no permitais que ninguna suerte de disolución manche la blancura de vuestra reputación.*

Temed toda suerte de ocasiones, por pequeñas que sean; no deis lugar nunca á ninguna suerte de requiebros. Cualquiera que os alabe vuestra hermosura y vuestra gracia, os debe ser sospechoso, porque cualquiera que alaba una mercancía que no puede comprar, de ordinario está tentado en extremo de hurtarla. Y si á alguna de vuestras alabanzas junta el menosprecio de vuestro marido, será ofenderos infinito; y es claro que no sólo el tal os quiere perder, pero que os tiene ya por medio perdidas; porque es cierto que está ya hecho la mitad del precio con el segundo mercader, cuando nos disgustamos con el primero.

Las damas, así antiguas como modernas, han usado el ponerse á las orejas perlas en número, por el gusto (dice Plinio) (3) que tienen en oír la armonía

(1) Orat., xxxvii, § 7.

(2) Á los Tesalonicenses, I-IV, 4.

(3) Hist. Nat., lib. IX, c. xxxv (al lvi).

que hacen unas con otras juntándose. Pero en cuanto á mí, que sé que el grande amigo de Dios Isaac envió unos zarcillos á la casta Rebeca (1) por las primeras arras de sus amores, creo que este ornato místico significa la primera parte que un marido debe tener de una mujer, y la que la mujer le debe fielmente guardar. Esta es la oreja, á fin de que ningún lenguaje ni ruido pueda entrar en ella, sino el dulce y amigable son de las palabras castas y honestas, que son las perlas orientales del Evangelio; por lo que nos debemos siempre acordar que se emponzoñan las almas por la oreja, como los cuerpos por la boca.

El amor y fidelidad juntos engendran siempre la familiaridad y confianza. Por esto, pues, los santos y santas han usado de muchas recíprocas caricias en su matrimonio: caricias verdaderamente amorosas, pero castas; tiernas, pero sinceras. Así, Isaac y Rebeca, el más casto par de casados del anciano tiempo, fueron vistos por una ventana acariciándose de tal suerte, que aunque sin ninguna muestra deshonestas, conoció bien Abimelec que no podían ser sino marido y mujer (2). El gran san Luis, igualmente riguroso para con su carne, y tierno para con el amor de su mujer, fué casi reprendido en ser abundante de tales caricias. Es verdad que, bien mirado, antes merecía alabanza, pues sabía templar su espíritu marcial y animoso con estas menudencias lícitas á la conservación del amor conyugal; porque aunque estas pequeñas muestras de pura y honesta amistad no ligan los corazones, con todo esto los acercan y juntan, y sirven de un

(1) Gén., xxiv, 22.

(2) Gén., xxvi, 8, 9.

entretenimiento agradable á la recíproca conversación.

Santa Mónica, estando preñada del gran san Agustín, le dedicó por medio de muchas ofrendas á la religión cristiana y al servicio de la gloria de Dios, según él mismo nos muestra, diciendo: *Que ya él había gustado la sal de Dios dentro del vientre de su madre* (1).

Es una grande enseñanza para las mujeres cristianas el ofrecer á la divina Majestad los frutos de sus vientres, aun antes que hayan salido á luz; porque Dios, que acepta las oblaciones de un corazón humilde y voluntario, fecunda de ordinario en tal tiempo las buenas aficiones de las madres; testigos, Samuel, santo Tomás de Aquino, san Andrés de Fiésola, y otros muchos. La madre de san Bernardo, madre digna de tal hijo, tomaba sus hijos en sus brazos luego que habían nacido, y los ofrecía á Jesucristo, y desde entonces los amaba con respeto, como á cosa sagrada, y que Dios se los había confiado; lo cual la sucedió tan dichosamente, que en fin, fueron todos siete muy santos. Luego que los hijos comienzan á servirse de la razón, los padres y las madres deberían tener un gran cuidado de imprimirles en el corazón el temor de Dios. La buena reina Blanca hizo fervorosamente este oficio con su hijo el rey san Luis, porque le decía muy á menudo: *Mucho más querría, amado hijo mío, verte morir á mis ojos, que el verte cometer un solo pecado mortal*. Lo cual quedó de suerte grabado en el alma de este santo hijo, que, como él mismo contaba (2), no había día en que no se le acordase, trabajando cuanto le era posible en bien guardar esta divina doctrina. Las razas y

(1) Confess., lib. I, c. xi.

(2) Joinville, Hist. de S. Loys, partie II.

generaciones son llamadas en nuestra lengua *casas*; y asimismo los hebreos llaman á la generación de los hijos *edificación de casa*; porque en este sentido es en el que se ha dicho que Dios edificó casas á las sabias mujeres de Egipto (1). Esto es, pues, para mostrar que no es hacer una buena casa el abastecerla de muchos bienes mundanos, sino el bien industrial los hijos en el temor de Dios y virtud.

En esto, pues, no se debe rehusar ninguna suerte de pena y trabajos, pues los hijos son la corona de los padres (2). Así, santa Mónica combatió con tanto fervor y constancia las malas inclinaciones de san Agustín, que habiéndole seguido por mar y por tierra, le hizo más dichosamente hijo de sus lágrimas por la conversión de su alma, que no había sido hijo de su sangre por la generación de su cuerpo.

San Pablo deja á cargo de las mujeres el cuidado de la casa (3). Por esto muchos tienen esta verdadera opinión de que su devoción es más fructuosa á la familia que la de sus maridos; los cuales, como no hacen una ordinaria residencia entre sus domésticos, no pueden por consiguiente guiarlos tan fácilmente á la virtud. Á esta consideración, Salomón, en sus Proverbios (4), hace derivar la buena dicha de toda la casa del cuidado é industria de aquella mujer fuerte que escribe.

Vemos en el Génesis (5) que Isaac, viendo á su mujer Rebeca estéril, rogó al Señor por ella; ó (según

(1) Exod. i. 21.

(2) Proverbios, xvii, 6.

(3) A Tito, ii, 5.

(4) Cap. xxx.

(5) Cap. xxv, 21.

los hebreos) rogó al Señor frente á frente de ella; porque el uno rezaba del un lado del oratorio, y el otro del otro. También la oración del marido, hecha en esta forma, fué oída. Es la mayor y más fructuosa unión del marido y de la mujer la que se hace en la santa devoción, á la cual se deberían llevar uno á otro. Hay frutas, como el membrillo, que por la aspereza de su zumo no son muy agradables sino en conserva. Hay otras, que por su ternura y delicadeza, no pueden durar si no se ponen también en conserva, como son las cerezas y albaricoques. Así, las mujeres deben desear que sus maridos estén confitados en el azúcar de la devoción; porque el hombre sin la devoción, es un animal severo, áspero y rudo: y los maridos deben desear que sus mujeres sean devotas; porque sin la devoción, la mujer es en extremo frágil y sujeta á caerse y apartarse de la virtud. San Pablo dice que el hombre infiel es santificado por la mujer fiel (1), y la mujer infiel por el hombre fiel; porque en esta estrecha alianza del matrimonio, puede el uno fácilmente llevar al otro á la virtud. Mas ¡qué bendición es cuando el hombre y la mujer fieles se santifican el uno al otro en un verdadero temor de Dios!

En lo demás deben sobrellevarse recíprocamente el uno al otro, y con tanto cuidado y amor, que no lleguen jamás los dos á enojarse juntos á un mismo tiempo y de repente, para que así entre ellos no se vea ninguna disensión ni riña. Las abejas no pueden residir en lugares donde se oyen los ecos y zumbidos y las repeticiones de voces; ni tampoco el Espíritu

(1) A los Corintios, I-VII, 14.

Santo en una casa en la cual hay discordias, réplicas, y alborotos de gritos y altercaciones.

San Gregorio Nacianceno dice que en su tiempo hacían fiesta los casados en el día aniversario de sus bodas (1). En verdad que yo aprobaría que esta costumbre se introdujese, con tal que no fuese con aparejos de recreaciones mundanas y sensuales; sino que, confesados y comulgados los maridos y las mujeres en tal día, encomendasen á Dios, con más fervor que de ordinario, el progreso de su matrimonio, renovando los buenos propósitos de santificarle de más en más por una recíproca amistad y fidelidad, tomando ánimo en nuestro Señor para llevar y cumplir con las obligaciones de su estado.

CAPÍTULO XXXIX

DE LA HONESTIDAD DE LA CAMA NUPCIAL.

La cama nupcial debe ser inmaculada, como el Apóstol la llama (2); esto es, exenta de deshonestidades y otras manchas profanas. También el santo matrimonio fué primeramente instituido dentro del paraíso terrestre, donde nunca hasta entonces había habido ningún desorden de concupiscencia ni cosa deshonestas.

No deja de haber alguna semejanza entre los deleites vergonzosos y los del comer, porque entrambos á dos miran á la carne. Bien es verdad que los prime-

(1) Orat., XI, § 1.

(2) S. Pablo á los Hebreos, XIII, 4.

ros, á razón de la vehemencia brutal, se llaman simplemente carnales. Explicaré, pues, lo que no puedo decir de los unos, por lo que diré de los otros.

1. El comer es ordenado para conservar las personas. Como el comer, pues, simplemente para mantener y conservar la persona, es cosa buena, santa y mandada, también lo que se requiere en el matrimonio para la producción de los hijos y la multiplicación de las personas, es una cosa buena y muy santa, por cuanto este es el fin principal del casamiento.

2. El comer, no por conservar la vida, sino por conservar la recíproca conversación y descendencia que nos debemos los unos á los otros, es cosa muy justa y honesta; y de la misma manera, la legítima y recíproca satisfacción de las partes en el santo matrimonio, es llamada por san Pablo deber (1), y aun deber tan grande, que no quiere que la una de las partes pueda eximirse de él sin el libre y voluntario consentimiento de la otra; ni aun asimismo por los ejercicios de la devoción (2), según tengo dicho en una palabra en el capítulo de la santa Comunión cerca de este sujeto. ¡Cuánto menos, pues, se podrán eximir por las caprichosas pretensiones de virtud ó por las cóleras y desdenes!

3. Como los que comen por el deber de la recíproca conservación deben comer libremente, y no como por fuerza, sino antes dando muestras de tener apetito, también el deber nupcial debe cumplirse fiel y francamente, y de la misma manera que si fuese con esperanza de la producción de los hijos, aunque por alguna ocasión se carezca de tal esperanza.

(1) A los Corintios, I, vii, 3.

(2) *Ibid.*, § 5.

4. Comer, no por las dos primeras razones, sino simplemente por contentar el apetito, es cosa soportable, mas no digna de alabanza; porque el simple placer del apetito sensual no puede ser objeto suficiente á hacer una acción loable; basta, pues, que sea soportable.

5. Comer, no por simple apetito, sino por exceso y desorden, es cosa más ó menos vituperable, según es el exceso grande ó pequeño.

6. El exceso, pues, de comer, no consiste sólo en la demasiada cantidad, sino también en el modo y manera de comer. No es poco de notar, amada Filotea, el ver que la miel, siendo tan propia y saludable á las abejas, las pueda, no obstante, ser dañosa, y tanto, que á veces las enferma, como cuando comen demasiado en la primavera, porque entonces las da un flujo de vientre, y algunas veces las hace morir sin remedio, como cuando tienen enmelada la cabeza y alas. Es cierto que el comercio nupcial, que es tan santo, tan justo, tan digno de recomendación y tan útil á la república, es no obstante en ciertos casos peligroso á los que le practican; porque á veces los enferma en extremo las almas de pecado venial, como sucede por los simples excesos, y á veces las hace morir por el pecado mortal, como sucede luego que la orden establecida por la producción de los hijos es violada y pervertida; en el cual caso, según se apartan más ó menos de esta orden, los pecados se hallan más ó menos execrables, pero siempre mortales; porque como la procreación de los hijos es el primero y principal fin del matrimonio, jamás se puede lícitamente apartar de la orden que ésta requiere, aunque por algún otro accidente no

pueda la tal por entonces ser efectuada, como sucede cuando la esterilidad ó preñez estorban la producción y generación, porque en estas ocurrencias el comercio corporal no deja de ser justo y santo, con tal que las reglas de la generación sean observadas; y esto porque ningún accidente puede jamás perjudicar la ley que el fin principal del matrimonio ha impuesto. Por cierto la infame y execrable acción que Onán hizo en su casamiento, era abominable delante de Dios, según dice el sagrado texto en el capítulo 38 del Génesis. Y aunque algunos herejes de nuestro tiempo, cien veces más reprehensibles que los cínicos (de quienes habla san Jerónimo en la epístola á los Efesios) (1), hayan querido decir que era la perversa intención de este mal hombre la que desagradaba á Dios, la Escritura nos muestra al contrario, y asegura, en particular, que la cosa misma era detestable y abominable delante de Dios.

7. Es una verdadera señal de un espíritu perdido, villano, abatido é infame, el pensar en las viandas y manjares antes del tiempo de comer; y aún más cuando después de él se divierten con el gusto que han recibido en la comida, entreteniéndose con palabras y pensamientos, y revolviendo su espíritu por la memoria del deleite que han recibido al comer de los bocados, como hacen los que antes del comer tienen el pensamiento en el asador y después en los platos: gentes dignas de servir en la cocina, los cuales hacen (como dice san Pablo) un Dios de su vientre (2). La gente de honra no piensa en la mesa sino cuando se sienta á ella; y después de la comida se lavan las manos

(1) In cap. v, 3.

(2) A los Filipenses, III, 19.

y la boca para que no les quede ni el gusto ni el olor de lo que han comido. El elefante no es sino una bestia grosera; pero la más digna de alabanza de cuantas viven, y que tiene más sentido. Quiero decirte un poco acerca de su honestidad. Cuanto á lo primero, no muda nunca de hembra, y ama tiernamente la que una vez ha escogido, con la cual, no obstante, no se junta sino de tres en tres años y por solos cinco días; y esto con tanto secreto, que nunca es visto en el acto; pero es visto el sexto día, en el cual, ante todas cosas, se va derecho á alguna ribera, donde se lava enteramente todo el cuerpo, sin querer de ninguna suerte volver á la tropa hasta haberse primero limpiado y purificado (1). ¿No son, dime, las de este animal, hermosas y honestas propiedades? Por ellas muestra á los casados á no quedarse empeñados de afición en las sensualidades y deleites que según su vocación hubieren ejercitado, sino que (pasados éstos) se laven el corazón y la afición y se purifiquen cuanto antes, para que después, con toda libertad de espíritu, puedan practicar las otras acciones más puras y relevadas. En este aviso consiste la perfecta práctica de la excelente doctrina que san Pablo da á los Corintios: *El tiempo es corto (dice): menester es que los que tienen mujer sean como si no la tuviesen* (2); porque, según san Gregorio (3), aquel tiene una mujer como si no la tuviese, que goza de tal suerte de los consuelos corporales con ella, que no por eso se aparte de las pretensiones espirituales. Lo que se dice, pues, del marido, se entiende reci-

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. VIII, c. v.

(2) Ep. I. c. VII, 29.

(3) Homil. in Evang., lib. II, hom. XVI, § 12.

procamente de la mujer: *Que los que usan del mundo* (dice el mismo Apóstol) *sean como si no lo usasen* (1). Que todos, pues, usen del mundo, cada uno según su estado; pero de tal manera, que no empeñando la afición, se hallen libres y prontos al servicio de Dios, como si no usasen de él. Es el mayor mal del hombre (dice san Agustín) (2) el querer gozar de las cosas de que sólo debería usar, y el querer usar de aquellas de que debería solo gozar. Debemos, pues, gozar de las cosas espirituales, y sólo usar de las corporales, de las cuales cuando el uso es convertido en gozo, nuestra alma racional se convierte también en alma brutal y bestial. Pienso haber dicho todo lo que quería decir; y hecho entender, sin decirlo, lo que no querría decir.

CAPÍTULO XL

AVISO PARA LAS VIUDAS.

San Pablo instruye todos los preladados en la persona de su Timoteo, diciendo (3): *Honra las viudas que son verdaderamente viudas*. Para ser, pues, verdaderamente viuda, son necesarias estas cosas:

1. Que la viuda no sea sólo viuda de cuerpo, sino de corazón; esto es, que ha de vivir con una resolución inviolable de conservarse en el estado de una casta

(1) *Ibid.*, § 31.

(2) De Octoginta tribus Quæst., § xxx.

(3) I. Timoteo, v, 3.

viudez; porque las viudas que no lo son sino mientras esperan la ocasión de tornarse á casar, no están separadas de los hombres sino según el deleite del cuerpo; pero están juntas con ellos según la voluntad del corazón. Que si la verdadera viuda, para conservarse en el estado de viudez, quiere ofrecer á Dios en voto su cuerpo y su castidad, juntará sin duda un gran atavío á su viudez y pondrá en gran seguridad su resolución; porque viendo que después del voto no está más en su mano el dejar la castidad sin dejar el paraíso, vivirá tan celosa de su promesa que no dará lugar ni un solo momento en su corazón á los más simples pensamientos de casamiento; porque el voto sagrado pondrá una fuerte barrera entre su alma y toda suerte de trazas contrarias á su resolución. San Agustín aconseja extremadamente este voto á la viuda cristiana (1); y el antiguo y docto Orígenes, pasa aún más adelante (2), porque aconseja á las mujeres casadas hagan voto y se destinen á la castidad viudal (en caso que sus maridos viniesen á morir antes que ellas) para que entre los placeres sensuales que podrían tener en su matrimonio, puedan no obstante gozar del merecimiento de una casta viudez por medio de esta anticipada promesa. El voto hace las obras hechas en su seguimiento más agradables á Dios, fortifica el ánimo para hacerlas, y no sólo da á Dios las obras (que son como los frutos de nuestra buena voluntad), pero le dedica aun la voluntad misma, que es como el árbol de nuestras acciones. Por la simple castidad prestamos nuestro cuerpo á Dios, no dejando por eso de quedarnos la libertad de entregarle

(1) De Bono Viduit., c. xix.

(2) Homil., xvii in Lucam, sub finem.

otra vez á los placeres sensuales; mas por el voto de castidad le hacemos un don absoluto é irrevocable de él, sin que nos reservemos ningún poder de desdecirnos, haciéndonos por este medio dichosamente esclavos de aquel cuya servidumbre es mejor que el mayor reino. Así como apruebo infinito los avisos de estos dos grandes varones, así desearía también que las almas que fueren tan dichosas que quieran seguirlos, sea prudente, santa y sólidamente, habiendo examinado sus fuerzas, invocado la inspiración celeste y tomado el consejo de algún sabio y devoto maestro; porque de esta suerte todo se hará más fructuosamente.

2. Fuera de esto, es necesario que esta renunciación de segundas bodas se haga pura y simplemente, para que con más pureza pueda poner toda su afición en Dios y juntar por todas partes su corazón con el de su divina Majestad; porque si el deseo de dejar los hijos ricos ó alguna otra suerte de pretensión mundana, hace quedar la viuda en viudez, seguirásele (podrá ser) alabanza, pero no delante de Dios (1); porque delante de Dios nada puede tener verdadera alabanza sino lo que se hace por Dios.

3. Es menester aún más: que la viuda, para ser verdaderamente viuda, esté separada y voluntariamente destituida de los contentos profanos. *La viuda que vive en placeres* (dice san Pablo) *está muerta en vida* (2). Querer ser viuda y gustar, no obstante esto, de que la enamoren y acaricien; querer hallarse en los bailes, danzas y festines; querer andar perfumada, afeitada y muy compuesta, esto es ser una viuda viva cuanto al

(1) S. Pablo á los Romanos, IV, 2.

(2) Ep. 1, á Timoteo, v, 6.

cuerpo, pero muerta cuanto al alma. ¿Qué importa (dime por tu vida) que la insignia de la casa de Adonis y del amor profano esté hecha de garzotas blancas, puesto á manera de penacho ó de un velillo negro, extendido á manera de redes y alrededor de la cara, si las más veces lo negro se pone con más vanidad sobre el blanco para mejor relevar la color? La viuda, como ha hecho prueba del modo con que las mujeres pueden agradar á los hombres, sabe ponerlos en sus almas cebos más peligrosos.

La viuda, pues, que vive en estos locos placeres, en vida está muerta; y no es, hablando con propiedad, sino un ídolo de viudez.

El tiempo de cortar ha venido: la voz de la tórtola ha sido oída en nuestra tierra, dice el Cántico (1). El cortar las superfluidades mundanas es necesario á cualquiera que quiere vivir piadosamente, y principalmente á la verdadera viuda; la cual, como una casta tórtola, no acaba de llorar y gemir y lamentar la pérdida de su marido. Cuando Noemi volvió de Moab á Belén, las mujeres de la villa, que la habían conocido al principio de su casamiento, decían unas á otras: ¿No es esta Noemi? Á que respondió ella: No me llaméis Noemi, os ruego (porque Noemi quiere decir graciosa y hermosa); llamadme antes Mara; porque el Señor ha henchido mi alma de amargura (2); lo cual decía por cuanto su marido era muerto. Así que la viuda devota no quiere jamás ser llamada y estimada ni por hermosa ni por graciosa: antes se contenta con ser lo que Dios quiere que sea; esto es, humilde y mortificada á sus ojos.

(1) Cap. II, 12.

(2) Ruth., I, 19, 20.

Las lámparas que tienen el óleo aromático, despiden de sí un muy suave olor cuando las apagan la luz. Así, las viudas, cuyo amor ha sido puro en su casamiento, derraman un precioso y aromático olor de virtud de castidad, cuando su luz, esto es, su marido, es apagada por la muerte. Amar al marido mientras vive, cosa es no dificultosa entre las mujeres; mas amarle aún después de su muerte, no puede desearse más: grado es de amor, que sólo pertenece á las verdaderas viudas. Esperar en Dios mientras el marido sirve de apoyo, no es cosa tan rara; mas esperar en Dios, quedando sin el arrimo, cosa es digna de gran alabanza. Por esto, pues, se conoce más fácilmente en la viudez la perfección de las virtudes que se han tenido en el casamiento.

La viuda que queda con hijos que tienen necesidad de su enseñanza y guía, y principalmente en lo que mira al alma y establecimiento de su vida, no puede ni debe abandonarlos; porque el apóstol san Pablo dice claramente (1) que son obligadas á este cuidado porque así paguen el mismo que sus padres y madres tuvieron; y también porque si alguno no tiene cuenta de los suyos, y principalmente de aquellos de su familia, es peor que infiel (2). Mas si los hijos se hallan en estado que no tengan necesidad de la educación de sus maridos, entonces la viuda debe poner toda su afición y pensamiento en aplicarlos más puramente á su adelantamiento en el amor de Dios.

Si alguna fuerza forzosa no obliga la conciencia de la verdadera viuda á los embarazos exteriores, como son los pleitos, yo la aconsejo se aparte de ellos de todo

(1) Ep. 1, á Tim., v, 4.

(2) *Ibid.*, § 8.

punto y siga el método en el conducir sus negocios que sea más sosegado y modesto, aunque parezca no ser el más fructuoso; porque sería necesario que los provechos de semejantes diferencias fuesen muy grandes para ser comparados con el bien de una santa tranquilidad; dejando aparte que los pleitos y otras tales mañañas disipan el corazón y abren muchas veces la puerta á los enemigos de la castidad, mientras que por agradar á aquellos de cuyo favor tiene necesidad, usan de acciones y ademanes indevotos y desagradables á Dios.

La oración sea el continuo ejercicio de la viuda; porque como no debe tener más amor sino para con su Dios, así también no debe tener casi más palabras sino para con su Dios; y como el hierro, impedido de seguir la atracción del imán por causa de la presencia del diamante, se arroja al mismo imán luego que el diamante se le aparta, así el corazón de la viuda, que buenamente no podía del todo arrojarse á su Dios ni seguir los atraimientos de su divino amor durante la vida de su marido, debe luego después de su muerte correr con ardor y diligencia al olor de los perfumes celestes, diciendo como á imitación de la sagrada Esposa: ¡Oh, Señor! ahora que soy toda mía, recibidme toda por vuestra; llegadme cerca de voz, corremos, Señor, al olor de vuestros ungüentos (1).

El ejercicio de las virtudes propias á la santa viuda son la perfecta modestia, la renunciación de las honras, de los puestos, de las juntas, de los títulos y de todas suertes de vanidades; el servicio de los pobres y enfermos, la consolación de los afligidos, la introduc-

(1) Cantares, 1, 3.

ción de las doncellas á la vida devota, el hacerse un verdadero ejemplo de todas las virtudes para con las mozas casadas. La limpieza y la simplicidad son los dos atavíos de sus vestidos; la humildad y la caridad los dos atavíos de sus acciones; la honestidad y mansedumbre los dos atavíos de su lenguaje; la modestia y honestidad el atavío de sus ojos; y Jesucristo crucificado el único amor de su corazón.

En fin, la verdadera viuda en la Iglesia es una pequeña violeta de marzo, que despide una sin igual suavidad con el olor de su devoción, guardándose casi siempre escondida debajo las anchas hojas de su mismo menosprecio, y por su color menos viva verifica la mortificación; procura siempre hallarse en los lugares quietos y solos, por no ser combatida de la conversación de los mundanos y conservar mejor la frescura de su corazón contra todos los ardores que el deseo de los bienes, de las honras y asimismo de los amores la podrían acarrear. *Será la tal bienaventurada* (dice el Apóstol) *si persevera de esta suerte* (1).

Podría decir otra muchas cosas acerca de este sujeto; mas habrélo dicho todo cuando habré dicho que la viuda celosa de la honra de su estado lea con atención las doctas epístolas que el gran san Jerónimo escribe á Furia y Salvia y á todas aquellas otras damas que fueron tan dichosas que merecieron ser hijas espirituales de un tan gran padre; porque no se puede añadir cosa á lo que él dice, sino este advertimiento: que la verdadera viuda no debe jamás ni menospreciar ni censurar á las que pasan á segundas, ó asimismo á

(1) Ep. 1, á los Corintios, vii, 40.

terceras ni cuartas bodas, porque en ciertos casos Dios lo dispone así para mayor gloria suya; y deben tener delante los ojos esta doctrina de los antiguos: que ni la viudez ni la virginidad tiene puesto en el cielo, sino aquel que le es señalado por la humildad.

CAPÍTULO XLI

UNA PALABRA Á LAS VÍRGENES.

No tengo ¡oh vírgenes! que deciros sino solas estas tres palabras, porque por ellas podreis percibir lo demás. Si pretendes el casamiento temporal, guardarás celosa tu primer amor para tu primer marido. Pienso que es un gran engaño el presentar en lugar de un corazón entero y sincero, un corazón usado, trasegado y contaminado de amor. Pero si tu buena dicha te llama á las castas y virginales bodas espirituales y que quieres para siempre conservar tu virginidad, conservarás tu amor lo más delicadamente que puedas para este Esposo divino, que como es la pureza misma no ama cosa tanto como la pureza, y á quien las primicias de todas las cosas le son debidas (1), y principalmente las del amor. Las epístolas de san Jerónimo te abundarán de todos los avisos que te son necesarios. Y pues que tu estado te obliga á la obediencia, escogerás una guía espiritual, debajo de cuya educación puedas más santamente dedicar tu corazón y cuerpo á su divina Majestad.

(1) Cantares, ii, 16.